

todos sus términos.¹³ Sin embargo hay que desconfiar. En una epístola a Moro Erasmo se muestra preocupado por la nueva campaña contra el turco que acaba de anunciarse: ¿no acabará ésta, como otras anteriores, en guerra entre cristianos?¹⁴ Por otra parte, pobre ejemplo moral pueden dar los cristianos a los turcos («Quid cogitabunt, si viderint...?»), y así es ingenuo esperar una verdadera conversión por su parte.¹⁵ Además, el deber del cristianismo es amar y no odiar: «Crudelis esses, si hoc faceres Turcis; quales quales sumus, homines sumus,» dice Erasmo en uno de sus *Coloquios*.¹⁶ «Amandi sunt Turcae, nempe homines» insiste Vives, recordando el amor de Cristo a sus enemigos: «Hoc naturae lex postulat, hoc Christi iussa... hoc nostrae ipsorum utilitates.»¹⁷ Dificil posición la de los humanistas afectos al irenismo que, ante un problema tan complejo, nunca acaban de tomar una posición sólida y definitiva.

El libro de Giovio había abierto una nueva vía. A pesar de su confesada finalidad bélica, se hallaba en él un germen de interés genuino por conocer los mecanismos sociales, jurídicos y políticos de los turcos, además claro está de su estructura militar. El ejemplo halla pronto numerosos imitadores, como respondiendo a la creciente demanda de información sobre Turquía que el público europeo les solicita. Todos saben que el Turco es el enemigo, el infiel, la media luna que se cierne sobre la Cristiandad, pero es precisamente ese poder el que más y más los hace blanco general de interés y hasta de admiración. Al igual que ocurrió en la España de la Reconquista, la visión de los moros como enemigos no impidió su incorporación a la literatura cristiana como héroes épicos y sentimentales. A partir del siglo XI, una vez que los cristianos lograron equilibrar la balanza militar, la maurofilia invade hasta la literatura popular, reflejo inequí-

¹³ La doctrina irenista de Erasmo se encuentra en los caps. XXI y XXII de la *Querela pacis*. Erasmo tiene, como Lutero, sentimientos mixtos sobre el Turco. Cuando el peligro de que los otomanos se apoderen de Occidente es real, Erasmo no deja de inquietarse. En su coloquio *Puerpera* escribe: «Interim superant et imminent Turcae, nihil non populaturi si successerit quod agunt» (*Opera omnia*, I, vol. III, ed. L-E. Halkin, F. Bierlaire y R. Hoven, Amsterdam, North Holland, 1972, p. 455). Pero no por ello deja de llamar locos a quienes se dedican a predicar sistemáticamente la guerra contra el Turco («alius ad bellum adversus Turcas novendum adhortatur») en el prólogo al *Elogio de la locura*. De todos modos, como ya se ha dicho, tanto Erasmo como Vives suelen tratar del asunto relacionándolo con las guerras entre cristianos. Este último titula su tratado más importante sobre el tema *De Europae dissidiis, et bello turcico* (*Brujas*, 1526) y en él insiste en que nada anima más al Turco: «Turca interea, discordiis nostris potens» (*Opera omnia*, VI, 457). En una carta al rey Juan II de Portugal, Vives alaba la política expansionista del monarca, cosa rara en él, pero uno observa después que más que aplauso a esa expansión, Vives aprovecha la ocasión para censurar a los príncipes cristianos que combaten entre sí: «Y de este modo con esta mansedumbre, sin alborotos, en los pueblos cristianos, llevando las armas y el terror bélico a otras latitudes, propagaste ampliamente nuestra religión, mientras que otros aquí entre nosotros con sus armas y con sus almas, con sus luchas, más aún con su furor y su rabia, la redujeron a una situación sumamente angustiosa y la pusieron en un tremendo y horrible peligro» (*Epistolario*, ed. y trad. José Jiménez Delgado, Madrid, Editora Nacional, 1978, p. 583). Más explícitamente favorables a la guerra contra el Turco son Alfonso de Valdés en el *Diálogo de Mercurio y Catón* y Juan Ginés de Sepúlveda en dos tratados: *Oratio ad Carolum Quintum ut bellum susciperet in Turcas* (*Bolonia*, 1529) y *Cohortatio ad Carolum V Imperatorem Invistissimum ut, facta cum Christianis pace, bellum suscipiat in Turcas* (*Anvers*, 1535). título este último que recuerda el del tratado de Vives citado.

¹⁴ Cf. A. Renaudet, *Erasme et l'Italie* (Ginebra, Groz, 1954), pp. 129-30.

¹⁵ La pregunta es de Erasmo en una epístola al abad Pablo Volzio, en la que se muestra partidario de una conversión lograda mediante deseos caritativos y fervientes oraciones. Cf. John Jortin, I, 126-8.

¹⁶ *Colloquia*. *Opera omnia*, I, vol. III, p. 392.

¹⁷ Cit. por Carlos Noreña, Juan Luis Vives (*La Haya*, Nijhoff, 1970), p. 206.

voco de la conciencia colectiva.¹⁸ A mediados del siglo XVI no hay rastro de una comparable turcofilia. El enemigo es *demasiado* poderoso, y habrá que esperar a que pase Lepanto y al genio de Cervantes para que la exaltación patriótica de los encuentros armados se dé la mano con visiones idílicas de cortesía, refinamiento y sensualidad entre turcos y cristianos en Argel o Constantinopla. Pero sí asoma con trazos bien claros una nueva actitud representada por algunos humanistas que, tras redescubrir el Oriente mediante los clásicos, se lanzan ahora a conocer los dominios del Turco por propia experiencia. De entre ellos destacan dos obras de especial significación: las *Cartas* de A. G. de Busbecq y las *Observaciones* de Pierre Belon.¹⁹ El flamenco Busbecq, embajador imperial en Turquía, reúne en sus cuatro cartas lo más sustancial de sus conocimientos sobre la vida de los turcos. Belon formó parte de una embajada enviada por Francisco I con el propósito de conocer y estudiar la geografía física y humana del Mediterráneo oriental. Lo que hace a estas dos obras un grupo aparte es el criterio con que se analiza la vida turca. Aquí no hay improperios ni condenas, sino una actitud comprensiva, crítica e imparcial, que censura defectos y alaba virtudes siguiendo los razonamientos de su observación, y no atendiendo a prejuicios de raza, cultura ni religión. Otros relatos de viajeros como los de Menavino, Spandugino, Nicolai, etc. responden sin duda a un vivo interés por conocer los múltiples aspectos de la vida en Turquía, y aún elogiando ocasionalmente alguno de ellos, su perspectiva es siempre la de miembros de una sociedad superior que tratan de formas de vida extranjeras, es decir *bárbaras* y por ello inferiores,²⁰ muy al contrario de Busbecq y Belon, quienes como veremos tienden a la comparación de comportamientos sociales en términos de igualdad, especialmente este último. Señalemos un hecho significativo. Busbecq estudió en Bolonia y Padua, en donde se familiarizó con los estudios naturalistas, que nunca olvidó. Su larga y apretada carrera diplomática no le impidió seguir sus intereses botánicos, y a ese interés se debe la introducción en occidente de varias plantas y flores, cultivadas con semillas que él mismo trajo a la vuelta de sus viajes.²¹ En cuanto a Belon, importa señalar su condición de médico y el hecho de que su misión en la embajada de que formó parte era específicamente la de recabar información naturalista sobre los países del Mediterráneo oriental. Debemos pues a estos dos naturalistas una curiosa disidencia en la inquina general de sus sociedades hacia los turcos. Mientras Europa vibra con el proyecto de una nueva cruzada, Busbecq y Belon se atreven a exaltar la sociedad turca y aún a colocarla como modelo de no pocos aspectos que las sociedades cristianas debieran imitar.²²

¹⁸ Cf. Georges Cirot, «La maurophilie littéraire en Espagne au XVI siècle», Bulletin Hispanique 42 (1940), 213-27; Francisco López Estrada, *Introd. a su edición de El Abencerraje y la hermosa Jarifa* (Madrid, Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1957).

¹⁹ Ogier Ghiselin de Busbecq, *The Turkish Letters... 1554-1562*, ed. y trad. Edward Seymour Forster (Oxford, Clarendon, 1928). Pierre Belon, *Les observations de plusieurs singularitez et des choses memorables trouvées en Asie, Indes, Egypte, Arabie et autres pays étrangers* (Paris, 1555). Citamos por la tercera edición (Paris, 1558).

²⁰ Entre ese grupo de obras, sobresalen: G. A. Menavino, *I Costumi et la Vita de Turchi* (Génova, 1548); Nicolas Nicolai, *The nauigations, peregrinations and uoyages*, trad. T. Washington (Londres, 1585); y Guillaume Postel, *De la Republique des Turcs* (Poitiers, 1560).

²¹ E. S. Forster, *Letters*, p. XI.

²² Clarence Dana Rouillard destaca la consistente imparcialidad de Belon, así como su rechazo en varias cuestiones a los sentimientos de superioridad que la sociedad francesa mantenía sobre los turcos (The Turk in French History, Thought, and Literature, Paris, Boivin, 1941, pp. 203 y ss. Cf. también F. Braudel, II, 666).

II. Al comienzo de su obra, el autor del *Viaje* expone meridianamente la intención que le ha movido a redactar su obra en una Dedicatoria dirigida al recién coronado Felipe II (1557):

y sabiendo que el mayor contrario y capital enemigo que para cumplir su deseo Vuestra Magestad tiene (dexados aparte los ladrones de casa y perros del ortolano) es el Gran Turco, he querido pintar al bibo en este comentario a manera de diálogo a Vuestra Magestad el poder, vida, origen y costumbres de su enemigo, y la vida que los tristes cautibos pasan, para que conforme a ello siga su buen propósito. (pp. 88-89)

Sobre ello se insiste al final de la misma Dedicatoria:

Plegue a Dios omnipotente, Çésar invistíssmio, que con el poder de Vuestra Magestad aquel monstruo turquesco, vituperio de la natura humana, sea destruído y anichilado de tal manera, que torne en livertad los tristes christianos oprimidos de grave tiranía, pues çiertamente después de Dios en sólo Vuestra Magestad está fundada toda la esperanza de su salud... para que con felices victorias conquiste la Asia y lo poco que de Europa le queda. (p. 94).

Son palabras familiares. Este es un prólogo que responde al propósito belicoso-patriótico que ya conocemos. En España ya existen para este momento dos obras que han continuado el espíritu de Giovio: son la *Palinodia de la nephanda y fiera nación de los Turcos* (Orense, 1547), y la *Historia en la qual se trata de la origen y guerras que han tenido los turcos desde su comienzo...* (Valencia, 1556). Se trata en ambos casos de obras decididamente entusiastas de la cruzada. ¿Se inscribe pues el *Viaje* en esa misma línea ideológica? Sólo una lectura incompleta y superficial de la Dedicatoria así lo sugeriría.²³ En realidad, ya en las palabras citadas encontramos un giro irónico. El gran turco es el enemigo capital «dexados aparte los ladrones de casa y perros del ortolano». Sobre estos enemigos interiores insiste luego nuestro autor:

Ningún otro aviso ni particularidad quiero que sepa Vuestra Magestad de mí más de que si las guerras de acá çibiles diesen lugar a ello y no atajasen al mejor tiempo el firme propósito de servir a Dios, no menos se habría Solimán con Philipo, que Darío con Alexandro, Xerse con Temístocles, Antiocho con Judas Macabeo. (p. 91)

De la formulación tópica —el gran enemigo es el Turco— pasamos ahora a otra menos convencional: el problema son las guerras de religión, por las que los reinos de la cristiandad se perjudican mutuamente no comiendo ni dejando comer. Pero la Dedicatoria va aún más lejos. Lo que en apariencia no es sino una incitación más a la cruzada contra el infiel se convierte precisamente en lo contrario: el autor descalifica por su ignorancia a quienes predicán tal cosa soñando con un frente unido de la Cristiandad. Proyecto absurdo, piensa nuestro autor:

No hay a quien no mueba risa algunos casamenteros que dan en sus escripturas remedios y consejos, conforme a las cabezas donde salen, cómo se puede ganar toda aquella tierra del turco, diziendo que se juntasen el Papa y todos los príncipes christianos, y a las dignidades de la Iglesia y a todos los señores quitasen una parte de sus haziendas, y cada reino contribuyese con tanta

²³ Así lo cree R. García Villoslada, que habla de una «dedicatoria a Felipe II, emocionada, exhortándole a tomar las armas contra el Turco, porque sabe la debilidad interna de aquel imperio» («Renacimiento y Humanismo», en *Historia general de las literaturas hispánicas*, G. Díaz-Plaja ed., Barcelona, Barna, 1951, II, 380).